

Jorge Togneri

Crisis en la enseñanza-aprendizaje de la Arquitectura

*Jorge Togneri. Arquitecto graduado en 1946 en Buenos Aires.
Ex catedrático de Proyectos en las Facultades
de Arquitectura de Buenos Aires y La Plata (Argentina).
Ex director del Departamento de Graduados
de la Universidad de Buenos Aires
y ex miembro del Consejo Superior de dicha Universidad.*

En el número anterior vimos la definición de arquitectura como parte de una metodología de trabajo destinada a superar la crisis de la enseñanza-aprendizaje de la arquitectura.

En este número, dentro del mismo marco metodológico, veremos cuáles son los lineamientos del proceso de diseño, o sea del trabajo del arquitecto, y sus relaciones con el proceso productivo total, considerando asimismo los aspectos ideológicos, culturales y éticos del mismo.

Paso segundo. Descripción del proceso de diseño y ejecución de espacios. Relaciones con el proceso productivo

Desde el instante en que se enuncia concretamente una necesidad espacial hasta que el nuevo espacio empieza a ser usado se suceden una serie de acciones, se confeccionan documentos, dibujos, escritos, se consideran distintos problemas, se toman decisiones.

Todo ello constituye un proceso que las experiencias acumuladas han hecho repetible. Hay modos de conducirlo, son las metodologías de diseño.

No es nuestra intención describir o proponer una metodología de diseño. Lo que sí haremos es indicar categorías que son comunes a muchas de ellas, para poner luego en descubierto contradicciones entre cómo a menudo se diseña y, por ende, cómo se aprende a diseñar, y las exigencias contemporáneas del proceso productivo del cual es parte el trabajo de hacer arquitectura. También intentaremos mostrar cómo este proceso influye simultáneamente en el cómo se hace y cómo se aprende la arquitectura.

El proceso de diseño comienza con la primera información que se recibe, que se refiere a la función a desarrollar enunciando más o menos ordenadamente algunas de sus características y requerimientos; se completa con datos sobre el lugar, el entorno, al que el nuevo espacio se incorporará integrando la continuidad espacial.

En el número siguiente de esta revista nos proponemos observar cómo la ideología y las formas culturales y éticas dominantes predeterminan los lineamientos pedagógicos y didácticos en uso, aplicados en nuestro caso al aprendizaje de la arquitectura e identificados como el fundamento de su crisis. También propondremos, siguiendo la línea metodológica trazada, una estructura de conceptos y de medidas didácticas y organizativas concretas y posibles, tendentes a superarla.

En adelante esa información es elaborada, perfeccionada y ampliada hasta que se obtiene una visión ordenada, completa, que expresa todos los matices de la Necesidad: funcionales, de confort, presupestarias, formales.

Gráficos y escritos, su síntesis que es el Programa deben para entonces mostrar el carácter estructural del problema. Observemos que desde ese principio se va proponiendo un orden, se toman decisiones sobre importancias, prioridades, jerarquías.

Durante el análisis de la necesidad o inmediatamente después comienza la elaboración de imágenes. Estas no son gráfico-funcionales a los que se le agregan paredes y techos, sino que constituyen una expresión independiente de aquéllos, con sentido propio. La imagen contiene todas las variables de la estructura del problema, pero se expresa según su lenguaje particular.

La imagen es la representación mental del espacio, previa a su construcción. Se lo va «viendo» y perfeccionando con la ayuda de croquis, cortes, plantas, detalles, todos dibujados en distintas escalas, que ayudan a perfeccionar esa visión porque muestran encuentros, soluciones constructivas, formas, combinaciones de colores, materiales.

El dibujo es así un medio, un auxiliar, que debe ser lo más suelto y libre posible, simple, para no distraer la atención de la tarea principal, que es la construcción mental del espacio. Debe, además,

facilitar la comunicación entre todos los protagonistas del trabajo de diseñar.

Esta parte del proceso precisa naturalmente también ella referirse al paquete completo de variables, es asimismo un proceso de decisiones y termina proponiendo un orden.

Por ello están presentes no sólo los aspectos funcionales y formales, sino también los técnico-constructivos y los costos.

Finalmente, el «partido» expresa una primera respuesta general considerada aceptable; sólo falta ahora concretarla en los detalles, preparar la etapa de construcción. Se entra al proyecto definitivo.

Un partido debe contemplar no sólo la respuesta a la Necesidad, sino también que la solución espacial que propone no tropiece con dificultades en el período de construcción. Esto, el cómo se hace la obra, es, por cierto, parte fundamental del problema, porque el fin del diseño es construir, no confeccionar solamente una hermosa documentación.

De modo que el diseñador abarca, piensa, imagina todo el espectro de problemas, incluido el orden o programa de obra. Y aún los que se refieren al mantenimiento posterior. De no ser así, el diseño fracasa.

Puede ser que sea elaborado más de un partido, caso frecuente frente al cúmulo de variables y a la posible diversidad de criterios. La discusión previa a su selección será posible, y deseable, con una condición, que es que los términos a comparar se refieran al mismo asunto, esto

es, que estén integrados por iguales conjuntos de variables, por similares categorías de pensamiento.

El proceso de diseño no es lineal, o sea que no empieza con la información primera y culmina, luego de una serie de fases precisas, sucesivas y únicas, con el partido y luego con el proyecto. Constituye, en cambio, una continuidad de ensayos, críticas, nuevas propuestas, nuevas críticas, y así siguiendo hasta acercarse al óptimo con una solución más rica. Es frecuente que durante su desarrollo, como consecuencia de contradicciones insalvables, o muy gruesas, se descubre, por ejemplo, la existencia de errores en el planteo inicial o en el programa y sea menester entonces mejorarlo todo o en parte. Este ir y venir, esta búsqueda para que todo concuerde y sea coherente, para que la solución se exprese en una síntesis espacial aceptable, tiene un límite dado por el tiempo y por la energía que cada proyecto permite emplear. También es relativa a un concepto de óptimo que es aceptable en general para el grupo social de que se trate.

Esta dialéctica interna del proceso de diseño, cuando es aceptada con ánimo de aceptar también todas sus sugerencias y consecuencias, es el mejor seguro contra el prejuicio. El prejuicio en arquitectura consiste en la adopción sin análisis de soluciones parciales, propias de distintas y precedentes estructuras de problemas; cosa bien diferente, por cierto, del uso de la experiencia, de razonamientos previos y, también llegado el caso, de las propuestas propias, cuando se ha comprobado analíticamente igualdad de variables y similitud en la estructura de los problemas.

El proceso de diseño es también un proceso dialéctico de conocimiento, en el que juega por un lado el conocimiento previo acumulado, esto es, la teoría, la bibliografía y la experiencia, y por el otro la información propia del problema. Ambos términos van interviniendo sucesivamente, interactuando y enriqueciéndose mutuamente, mostrando contradicciones, proponiendo afirmaciones, soluciones, hasta que el nuevo lugar pensado e imaginado se muestra rico en facetas, en aspectos, en soluciones que no se sabían, que se ignoraban al empezar la tarea.

La última etapa del proceso, después del proyecto definitivo, del plan de trabajos, de la descripción minuciosa, es la construcción. Cuanto más estudiado el proyecto, más económica será la construcción. Por lo tanto, aquél, el modelo, no debe, dentro de lo posible, dejar puntos sin resolver, cosas que nadie sabe cómo son.

La dirección de la obra, así concebida, no es una lucha continua para resolver y emparchar problemas olvidados, sino una supervisión, un mostrar mejor cómo deben hacerse las cosas, acompañada de

la solución de algún pequeño detalle tras-papelado.

Estos criterios, simple y esquemáticamente expuestos aquí, pueden aplicarse a todo tipo de sistema constructivo, desde los tradicionales hasta la prefabricación. Será en todos los casos necesario considerar el carácter estructural del proceso, su dialéctica, su concepción como forma de conocimiento, la necesidad de que abarque todo el período desde el enunciado hasta la limpieza final de obra. También es constante la necesaria noción de realidad, que sepa distinguir cuáles son las decisiones ya tomadas, a las que es inútil tratar de modificar por vía de la arquitectura: técnicas y materiales posibles en uso, costos aceptados por terceros, costumbres y cultura, orden significativo al que aspiran los usuarios.

Sobre este último aspecto de las decisiones ya tomadas es necesario insistir, puesto que no se trata de aceptar mansa y resignadamente una información con la que se difiere, sino de saber reconocer cuál es el margen de decisión de que se dispone y utilizarlo del mejor modo posible. Ni conformismo ni utopía, sólo trabajo.

Frente a lo expuesto, la realidad nos muestra contradicciones importantes. Es frecuente que el proceso de diseño no se ajuste a las descripciones que hemos hecho; existen desfases entre la definición del trabajo, tal como lo hemos enunciado teóricamente, y la forma en que éste se realiza. Y por supuesto, esas contradicciones se mantienen cuando se analiza el cómo se enseña.

En lo que sigue de esta entrega veremos las contradicciones clásicas del proceso de diseño, acudiendo alternativamente para ese fin al conocimiento de la estructura interna del proceso productivo. Esta confirma de este modo su carácter de eje central que relaciona todos los aspectos de nuestro problema, puesto que simultáneamente nos ofrecerá los fundamentos de los principios pedagógicos y didácticos de la crisis que nos ocupa.

Frecuentemente el diseño proporciona respuestas que no coinciden con la estructura del problema que intentamos resolver. Se priorizan prejuiciosamente las variables formales por encima de las funcionales y las constructivas, no se atienden otras, como los costos, se descuidan los aspectos organizativos y de obra; algunas soluciones constructivas y de instalaciones se agregan, se suman, a un proyecto que no las consideró como parte del todo a resolver.

Ello como consecuencia de una errónea concepción del arquitecto, que aparece más bien como un artista especialista en formas, alguien que «viste» la obra, con un rol limitado en su creación. Así nació el arquitecto renacentista especialista en fachadas aplicadas y en el manejo de significados, salvadas las excepciones, y así

se lo ha seguido concibiendo aunque las fachadas y los significados sean otros.

Ese mismo arquitecto está muchas veces entrenado para el trabajo artesanal. El es el centro del proceso, resuelve y decide, solo o asociado con sus pares, sobre todas las cosas. También decide qué problemas deja de lado para que otros técnicos los resuelvan independientemente, de modo que casi nunca llegan a integrarse en la estructura del problema.

Este artista-artesano fracasa porque está él mismo diseñado, educado, para servir a una sociedad, a un modo de producción en trance de desaparecer. La sociedad industrial exige otra eficiencia y otra mentalidad, aun en el caso que por razones de mercado y otras de más profunda raíz ideológica considere necesario que se conozcan, prioricen, inventen e impongan determinadas imágenes formales.

Es necesario distinguir entre estos dos conceptos. Una cosa es resolver los problemas espaciales manejando pocas variables y otorgando a priori un valor central a lo formal, y otra muy distinta es considerar a fondo todo el conjunto de variables y asignar en ocasiones en el momento del balance un valor importante a lo formal, pero sin descuidar los demás aspectos del problema. La diferencia radica en la eficiencia productiva de la segunda postura frente al frecuente fracaso de la primera.

En este campo es posible avanzar, adelantarnos a proponer algunas soluciones superadoras, porque a su respecto el sistema productivo está dividido. Una parte de quienes deciden desean realmente, necesitan una eficiencia mayor para resolver sus problemas espaciales y una mentalidad acorde con las que dominan los demás sectores de la producción. Al fin de cuentas la producción de espacios es también un modo de ganar dinero.

Otro sector preferirá conservar las cosas como están, porque se aplican preferentemente a mantener y perfeccionar el sistema de dominio de su grupo sobre los otros. Y ya hemos visto algo, y seguiremos viéndolo más adelante, sobre la importancia que en ese sentido tiene el manejo del orden formal. Es este mismo sector el que se opone a reformar a fondo la estructura en el campo de la enseñanza-aprendizaje, precisamente porque ésta educa para priorizar las variables formales sobre las demás.

Frente a esa división contradictoria es posible pensar algunas propuestas viables propias más del sistema productivo en su conjunto que de sus formas educativas, las que adelantaremos sólo por razones de claridad expositiva pero que integran el paquete de nuestra afirmación final. Son del siguiente tipo:

En primer término puede proponerse una revisión crítica de lo que se enseña, basada en el reconocimiento previo y explícito de cuál es la naturaleza del tra-

bajo que se va a aprender, en una clara definición de qué es la arquitectura.

En segundo término es posible repensar, como consecuencia de lo anterior, cuáles son los técnicos necesarios. En efecto, los títulos existentes, que varían según los países solamente por matices de denominación y límites de competencia, han adquirido personería por dos razones que ya pueden modificarse. Una fue la propia necesidad de contar con más técnicos cuando los problemas espaciales fueron diversificándose y cuando la arquitectura entró más y más en el campo de la industria; entonces fueron improvisándose carreras sobre la marcha, nacieron Institutos, Escuelas y Facultades en el seno de otros centros preexistentes, con planes no muy pensados y plagados de parches y remiendos. Consecuencia fue la confusión y la lucha de intereses entre las distintas variedades de ingenieros, los arquitectos, los técnicos constructores, los aparejadores, los constructores de segunda, etc.

El otro aspecto que debe ser revisado es la relación histórica que existe entre

el alcance de esos títulos y la ubicación social de sus poseedores. No es posible pensar que una pequeña reforma altere la relación de clases, pero es posible adecuarse a la realidad. Por ejemplo, es ya obsoleta la imagen del «Arquitecto primadonna» superior en todo, también socialmente, frente al pobre constructor de extramuros, porque ya muchos entre éstos han accedido a niveles altos dentro de la sociedad de consumo y quieren seguir avanzando y ser reconocidos.

Nuevos técnicos, que conozcan a fondo la estructura del trabajo en el que participan y que estén habilitados para aportar desde su ubicación para que ese conjunto se materialice correctamente, significa técnicos preparados para el trabajo en equipo. Y éste es un tema central de la enseñanza-aprendizaje que tocaremos más abajo.

También es necesario, y posible, pensar en un cambio conceptual en algunos sectores editoriales. Si se acuerdan definiciones nuevas del trabajo es preciso ofrecer una bibliografía que lo muestre como es, que contemple su carácter estructural.

Una obra de arquitectura no puede comprenderse con unas cuantas representaciones en pequeña escala, unas fotos y algún informe escrito; es preciso mostrarla con su proceso vital, saber cuáles fueron las opciones y cuáles fueron las razones de las decisiones, qué problemas presentó su construcción; en síntesis, todo lo que posibilite su comprensión y percepción amplia dentro de su contexto, tal como se la describe en su definición y como lo enseña su proceso de diseño.

Estas modificaciones son una muestra, hay otras más. Solamente queremos señalar que consideramos posible iniciar, o continuar, una marcha para conseguirlas, aunque sea con pequeños resultados. Un modo de avanzar es describirlas y discutir las.

Podríamos tal vez pasar ahora a los aspectos educativos que nos preocupan desde el principio, pero para comprenderlos y vincularlos mejor con lo que hemos consignado sobre la naturaleza del trabajo de hacer arquitectura y su relación con los intereses que gobiernan las decisiones principales, debemos todavía exa-



minar algunos aspectos de la formación social que es el origen, la causa y el destinatario de ese trabajo, de la formación de los trabajadores y de los valores en uso.

Paso tercero. Proceso productivo y arquitectura. Ideología, cultura y valores

Todos los objetos que nos rodean, el espacio arquitectónico, el equipo, nuestra ropa, los alimentos, los vehículos, etc., son el fruto de una sucesión de trabajos. Son en última instancia materia prima más trabajo humano.

Tierra que es materia prima que se extrae del suelo, se transporta, se elabora, y es ladrillo, que a su vez es materia prima de una pared como lo son la cal y la arena, colocadas todas allí por medio del trabajo.

Y también las máquinas son materia prima más trabajo humano, aptas para transmitirlo en nuevas transformaciones.

Sucesión de trabajos parciales que integran trabajos mayores, y otros y otros. Estamos frente a una compleja estructura que expresa una sucesión; por eso la llamamos proceso productivo.

La producción se justifica por el consumo. Por eso todos los humanos, cualquiera que sea nuestra participación en el trabajo, aunque se reduzca a consumir, encontramos una forma de relación a través de nuestra integración en el proceso productivo.

Tan complejo proceso productivo requiere una organización también plena de facetas. Se producen bienes y también se producen servicios complementarios. Es necesario atender a necesidades de salud, educación, esparcimiento, etc., de quienes participan directamente en el trabajo productivo. Así, tanto intervienen el albañil en la producción de una casa como el dibujante de un plano o la persona que limpia el estudio donde se hacen los planos. Hay trabajos diferenciados, más o menos directos, pero todos necesarios. También lo es el de los arquitectos.

Asimismo, es preciso regular las relaciones entre las personas, tomar decisiones principales, secundarias, etc., pensar qué se produce y cómo. Organización social, derecho, ciencias, técnica, nacen, se vinculan, adquieren su forma según sea aquel proceso. La historia nos confirma estos hechos.

Hasta ahora a lo largo de este trabajo nos hemos referido a todos los conceptos, trabajos, decisiones, proceso productivo, necesidades humanas, etc., sin mencionar ninguna diferencia entre las gentes, salvo las que surgen naturalmente por su adscripción a trabajos diferentes.

Pero existe un factor particular que confiere rasgos propios al proceso productivo en el que vivimos, y es que las personas no son todas iguales en cuanto a sus

posibilidades de decidir y también de gozar del producto de toda esa suma de trabajos.

Las clases sociales nos rodean, comprobamos su existencia en todas partes. La propaganda destinada a vender propone continuamente que se adquieran cosas propias de clases más altas. El progreso y el consumo tienden a asimilarse con el ascenso social.

Y la existencia de dos grandes grupos con sus subgrupos, de una estructura de clases, está asegurada por mecanismos definitorios del sistema productivo en el que vivimos. Esos mecanismos se basan en el antagonismo de intereses comprobables entre esos dos grandes grupos.

Si consideramos, por ejemplo, una casa, observamos que su valor final expresado en dinero, que es a su vez el medio que mide el valor del trabajo puesto para hacerla, no se corresponde con la suma del valor de todas las materias primas y el de los valores de todos los trabajos necesarios para construirla, medidas todas del mismo modo. El valor de la casa es considerablemente mayor que esta adición, y cuando se materializa vendiéndola observamos que la diferencia corresponde a un pequeño grupo que ocasionalmente pudo también aportar trabajo, pero que no se distingue por esta circunstancia; se distingue por la circunstancia particular de haber aportado el capital necesario para la construcción. El capital se incrementa de este modo con una parte del trabajo humano empleado para construir la obra. Y así sucesivamente. El capital tiene dueños, concretos, con nombres, que integran el grupo menor en cuyas manos está el poder de decisión.

Los intereses materiales de los dueños del capital son de este modo antagónicos con los intereses de quienes aportan a la obra su fuerza de trabajo, porque lo que está en juego es el destino del valor de una parte sustancial de esta última. Una parte trata de aumentar su capital y de mantener los privilegios que le son propios; la otra parte se resiste. Unos tienen el poder, mientras los otros desean acceder a él. Ello con infinidad de matices intermedios.

Estas circunstancias son determinantes y la cuestión de fondo cuando hablamos de arquitectura, juicio de valor, educación.

A partir de la aceptación de este tipo de argumentación, mejor elaborada, por cierto, que en este breve esquema, se tiene una determinada percepción del mundo.

Su negación es la base de otras concepciones, de otras percepciones.

Es preciso mencionar el tema porque constituye el fondo de todas las discusiones. Conocerlo sirve para comprender mejor los propios puntos de vista y también para ordenar los cambios de ideas.

En adelante consideraremos dos aspectos de este trasfondo. Uno es que la mi-

noría que posee el capital y ejerce el poder necesita arbitrar medios para mantenerse en esas posiciones. El segundo nos informará que no existen una ideología, una cultura y unos valores únicos que son propios del sistema productivo, como podría inferirse de todo lo que hemos ido consignando desde que empezamos este escrito; en él, hasta ahora por razones de orden expositivo, hemos presentado al trabajo de hacer arquitectura como un hecho unitario perceptible por igual a través de todos sus matices para todas las personas. Pero a la luz de los nuevos conceptos debemos modificar esta versión y aceptar que existen ideologías, formas culturales y valores que son propios de los distintos grupos o clases sociales, lo que da lugar a diferencias esenciales en la percepción y apreciación de la arquitectura y en la concepción de su proceso de enseñanza-aprendizaje.

Es a través de estas dos circunstancias concretas: política de las minorías que ejercen el poder y diferencia de intereses y valores de clase, que observaremos cómo la organización productiva influye sobre la definición de arquitectura, la manera de encarar su proceso de elaboración y el modo en que se organiza su aprendizaje.

Acudiremos aún a algunas definiciones.

Ideología es el conjunto de informaciones, ideas, mecanismos de pensamiento, imágenes y definiciones de que disponemos para percibir y comprender las gentes y las cosas que nos rodean; ello, visto desde el lugar que cada uno ocupa en el sistema productivo, que a su vez engloba toda la gente, las cosas y las relaciones que los vinculan.

Cultura es el conjunto de modos de conducirse y de expresarse, de amar, comer, bailar, hablar, escribir, comunicarse, caminar, que junto con los instrumentos adecuados caracterizan a cada grupo social, diferenciándolo de los demás, otorgándole fisonomía y personalidad. Todos los seres humanos se adscriben a una determinada cultura o matiz cultural.

Es un ejemplo más de los absolutos a que nos referimos más abajo el confundir el término *Cultura*, concebido como único e inamovible, con las formas culturales que son propias de las clases dirigentes.

Los valores son juicios sobre las gentes y las cosas que nos rodean, esto es, el sistema productivo que cada uno formula en razón de su ideología y de sus formas culturales.

Política es el conjunto de actitudes, activas o pasivas, que cada uno adopta frente al mundo que lo rodea en razón de su ideología, sus formas culturales y sus valores, con el fin de mantener, acentuar o alterar las condiciones de esa formación productiva.

Es posible que estas definiciones y las anteriores no sean científicamente perfectas y que buscando en los libros pue-

dan ser ampliamente corregidas. Sin embargo, las consignamos y las usaremos en adelante, porque sin estas categorías no es posible continuar el hilo de nuestra exposición, llegar o plantear los términos concretos de la discusión sobre la enseñanza-aprendizaje de la arquitectura.

No podemos detenernos a perfeccionar instrumentos y entretanto parar la acción. Seguiremos estudiando, pero entretanto usaremos los argumentos de que disponemos. Cada uno es algo, por poco que sea, y como tal, como persona, debe presentarse frente a los demás tal como es y con lo que sabe. La alternativa de callar por considerarse imperfecto no es otra cosa que una mordaza castradora más. También para el lector caben las mismas reflexiones.

Sólo mostramos un camino. Consiste en comprender, a partir de lo que somos, la estructura del medio que nos rodea, los instrumentos necesarios para actuar sobre él y luego ir hacia adelante actuando, haciendo camino, perfeccionándonos, a través de esta práctica, creando teoría, estudiando también. Teoría y práctica jugando dialécticamente entre ellas. A la comprensión sucede su aplicación, ésta nos mostrará nuevos horizontes que enriquecerán la teoría, y así, seguiremos hacia la vida.

También este escrito integra un proceso dialéctico. Es una teoría condensada después de duras experiencias; al terminarla, seguramente ya estarán presentes los gérmenes de su superación; el hecho de que exista, que se ofrezca al juicio público, es una forma de práctica. De esos juicios habrá mucho que recoger para asegurar un nuevo paso mejor.

Luego de estas consideraciones, que nos sitúan junto al lector como uno más que aporta algo en un camino que nos es común, que es posible que recorramos en parte juntos, podemos seguir nuestra exposición en la creencia de haber abandonado, por lo menos en parte, el escalón superior de la tarima.

Veamos ahora cómo influye en los conceptos de arquitectura y de enseñanza la circunstancia de haber aceptado la diversidad ideológica, cultural y ética como correlato de la diversidad de clases.

Habíamos visto que en el proceso de decisiones en que se basa el proceso de hacer arquitectura eran fundamentales la percepción de la necesidad y el juicio de valor, este último para arbitrar entre los sucesivos sacrificios y logros que implica balancear la satisfacción de las distintas variables que integran la estructura del problema.

La Necesidad cada cual la percibe según su ideología y sus formas culturales.

Dentro de cada forma cultural se inscribe un código simbólico que es propio del grupo que lo sustente.

De modo que las necesidades particularizadas que pueden tener miembros de

las clases populares, que expresan su modo de vivir, sus aspiraciones, lo que les gusta, sus costumbres, todo lo que hace a la función y lo significativo, son presumiblemente distintas de aquellas propias de las clases altas. También es diferente la relación de su satisfacción posible con el precio a pagar, puesto que el primer grupo siente muy de cerca que es su propia fuerza de trabajo la que interviene en el balance, y por ello la mide de un modo diferente de quien está invirtiendo la fuerza de trabajo ajena con el mismo fin.

El balance en ambos casos será distinto. Diferirán los programas, las técnicas y materiales a adoptarse, las cualidades, la importancia que se dé a la expresión simbólica. Habrá así, para este ejemplo, dos arquitecturas diferentes, ambas consideradas correctas por los grupos respectivos, y para poder opinar sobre ambas será necesario escuchar no sólo a los técnicos, sino principalmente a los propios interesados.

Por cierto, que para completar el ejemplo habrá que tener en cuenta que los grupos sociales ni son estancos ni se definen con precisión matemática. Si las clases altas disponen de poder, imagen, status, privilegios, las clases subordinadas aspiran también a tenerlos, están, además, inducidas permanentemente a ese ascenso por la propaganda que necesita que los productos, los materiales, se vendan.

Existe así una permanente lucha, una lucha confusa, entre el deseo de alcanzar la propia expresión de grupo que hace a las personas solidarias entre sí y la tentación de evadirse de ese grupo, o de ser el primero en él.

A este respecto la tensión se produce entre, por un lado, la tendencia a que se reconozcan como válidas las diversas expresiones ideológicas y culturales, y por otro, la imposición de que lo bueno, lo correcto, la verdad, sea el resultado de la aplicación del juicio de valor de las élites, de los que dirigen.

Lo primero supone aceptar el concepto de relatividad de los valores, etc. con respecto a la estructura social. Lo segundo implica que se reconozcan como únicos valores, etc., como verdades o como conceptos absolutos, a aquellos propios de las clases altas. Lo demás pasa a ser folklore, ignorancia, incultura, etc.

La relatividad de los conceptos, el reconocimiento de que cada grupo posee en forma más o menos encubierta, velada o latente, los que les son propios, supone reconocer, o estar en camino de convalidar por sí o por terceros, la identidad de cada uno de ellos, y de reconocer explícitamente la existencia de dominados, con todo su arsenal ideológico, cultural y ético, y de dominantes con otro sistema distinto. Entre ambos grupos, los matices.

Pero esa noción y conciencia de identidad podría ser un importante paso

hacia el cambio de la situación de dominio.

Por ello, tienden a ser negados los elementos y los indicios que apuntan en esa dirección. Por ello, las clases dirigidas siguen una política de imposición ideológica, cultural y ética que los preserva de esa toma de conciencia, digamos, subversiva.

Así, no es banal que se haya llegado a negar hasta científicamente la relatividad ideológica, cultural y ética; que se haya negado la relatividad de la arquitectura. Ello es producto de una clara política.

Para asegurarla, para llevarla a cabo e imponerla, ha sido preciso acuñar toda una serie de conceptos que sustituyen a la realidad y negar otros que la confirman. Han sido convalidadas las Verdades, únicas y con mayúscula, los Absolutos, que no pueden discutirse, las Abstracciones, que son definiciones que nada tienen que ver con la realidad productiva. Se ha negado la naturaleza estructural del proceso, mostrando a todas sus partes divididas en compartimentos estancos con sentido propio, aisladas unas de otras. Tal como se intenta aislar a las gentes y oponerlas unas a otras por la competencia. Se ha querido negar la Historia, que enseña el permanente avance dialéctico de las masas sojuzgadas hacia su liberación.

En nuestro trabajo contamos con algunas muestras claras. Por un lado, coexiste la Arquitectura, cosa única, con mayúscula, con el escamoteo permanente de su definición; es un absoluto junto a una abstracción.

También lo referente a la belleza, la satisfacción estética, el buen gusto, el buen diseño, el espacio armónico y tantísimos otros ejemplos de definiciones huecas que todo estudiante o graduado tiene seguramente en su memoria de cosas que nunca pudo entender, que nunca le fueron explicadas de una manera clara y racional.

La compartimentalización, la negación de la estructura, se observa tanto en el modo de enseñar como en el modo de hacer arquitectura, de llevar adelante el proceso de diseño. Se suman conocimientos, pero no se integran en una concepción unitaria. Se conciben formas y después se les agregan elementos técnicos. El costo es lo último que se incorpora, a proyecto terminado, en infinidad de los casos prácticos y siempre en la enseñanza.

Otra deformación, consecuencia de la separación entre teoría y práctica, es la aceptación de dos categorías independientes, casi naturales, del trabajo, el intelectual y el manual; de dos mundos separados por una barrera aparentemente eterna y natural, consubstancial al hombre. Se asegura así también una valla contra el avance del segundo en busca de nivelarse armónicamente con el primero.

Finalmente, observamos también el trasfondo político del divorcio que se acepta

como válido entre ciencia y realidad productiva. La ciencia parecería justificarse por sí misma, poder avanzar eternamente por caminos propios, ideales, en lugar de estar justificada e impulsada, programada, en función de la necesidad de solución para necesidades humanas concretas.

Retomaremos estos conceptos para observar cómo han sido aplicados, se aplican diariamente, a una política pedagógica y didáctica concreta, en todo proceso de enseñanza-aprendizaje, y en el de la arquitectura también.

Pero antes debemos abordar aún algunos conceptos necesarios para entender a la arquitectura actual dentro del contexto de su proceso productivo, como reza el subtítulo que estamos tratando.

Hemos mencionado la circunstancia que dentro de nuestro tipo de organización productiva una parte del trabajo humano se acumula bajo la forma de capital en manos de una minoría dirigente. Para asegurar esa corriente de trabajo humano existe un mecanismo al que genéricamente damos la denominación de Empresa.

En esa tarea la Empresa es apuntalada por el Estado, generalmente ambos en manos del mismo grupo, por medio de sus políticas de inversiones, financieras, bancarias, de obras públicas, etc.

La colaboración entre el Estado y la Empresa, y aún dentro de ésta entre sus múltiples integrantes, no es ni lineal ni perfecta. Existen permanentes conflictos de intereses en el marco de su interés común integrador. Pero lo que aquí interesa son algunos de los aspectos que hacen al modo en que se organiza la Empresa contemporánea para cumplir con sus funciones, porque es ella en definitiva la que lleva adelante la construcción de espacios arquitectónicos.

Hay empresas especializadas en construir, toda la obra o parte de ella. Otras promueven las construcciones, o las financian. Otras aun fabrican los productos que han de ser materia prima en obra, los materiales en general. Y existen empresas especializadas en los servicios complementarios, como selección de personal, contaduría, asesoramientos varios, etcétera. Todo un sistema, una red de empresas cuyo fin es la construcción de espacios.

En rigor, su fin es hacer negocios, obtener utilidades; la construcción es un medio. Ello influye notablemente en el proceso de diseño porque implica la adopción de un sinnúmero de decisiones que son inamovibles; los materiales no pueden ser cambiados; las densidades deben ser máximas; los programas no parten de la gente, sino del interés, por lo que funciones, dimensiones, equipo, etc., responden a este condicionamiento; los solares y los terrenos existen y deben rendir al máximo, por lo que las condiciones de asoleamiento, ventilación, vistas, etcé-

tera, se subordinan y sacrifican ante esa imposición; las ubicaciones contemplan en segundo término la relación con los servicios urbanos, transporte, abastecimiento, escolaridad, etc.

Otro aspecto de la relación Empresa-espacio arquitectónico es la frecuente construcción de espacios en los que los factores simbólico-formales priman abiertamente sobre los demás. Muchas veces la Empresa paga altos precios para obtener imágenes únicas, sobresalientes sobre las anteriores, que expresen su importancia y su poder; es la gran arquitectura de los centros urbanos, cuya influencia no es nociva por lo que pueda ser de criticable, ese despilfarro en fachadas, cristales, soluciones constructivas audaces, mármoles y otros materiales y técnicas costosísimos, etc., sino porque esa arquitectura una vez más se confunde con La Arquitectura, marca rumbos, se difunde, se vende al público como lo bueno, lo mejor, el fruto y la expresión del progreso, en función de la propaganda que inevitablemente la acompaña. Es hija de la propaganda y simultáneamente medio propagandístico. Como ejemplo, puede contemplarse la arquitectura bancaria construida en los últimos años en cualquiera de las grandes ciudades de los puntos más opuestos del planeta, sin que por ello sea necesario olvidar los otros grandes símbolos del status que se elevan por todas partes.

Recordemos, de paso, que esta costumbre no es en absoluto nueva. Hubo una carrera entre las ciudades por tener la catedral más grande, en la Italia del Renacimiento, mostrando así su poder. Y también la hubo por el rascacielos más alto. Y la hay por contar con el edificio más sofisticado o la cúpula más atrevida. Los temas de proyecto van cambiando, pero en el plano de la relación arquitectura-expresión del poder aquella ha estado muy cerca, y tal vez lo esté todavía, de convertirse en sinónimo de La Arquitectura. De vez en cuando un vistazo a la Historia de la arquitectura resulta ilustrativo.

Pero si por un lado puede considerarse a la Empresa como responsable en parte de una deformación del concepto de Necesidad humana y de imponer además un tipo de arquitectura que nada tiene que ver con los conceptos de economía, en el sentido amplio, propio de las clases populares cuando administran su propio trabajo cuando, por ejemplo, construyen ellas mismas su propia casa, por otra parte las actuales necesidades organizativas de la Empresa tienden a afirmar un concepto de arquitectura diferente del anticuado en vigor.

La Empresa requiere eficiencia, y ésta es independiente de despilfarros ocasionales, conceptos deformados sobre arquitectura e imposición de necesidades negativas.

La eficiencia industrial, como concepto, es beneficiosa y será presumiblemente necesaria cualquiera que sea el modo en que se organice el sistema productivo. Las necesidades masivas de espacios mejores para el creciente número de gentes, junto con el ascenso en sus niveles de consumo requieren indudable eficiencia y organización en la producción de espacios.

En este aspecto será la propia Empresa quien apoyará algunos de los conceptos que venimos sosteniendo. Apoyará una definición clara del campo de trabajo de diseñar y construir espacios; como también querrá contar con los técnicos idóneos, educados en función de las necesidades de ese proceso productivo. Y sin duda estará de acuerdo en que los costos medidos en dinero deben figurar como variable inseparable de las demás.

Esta contradicción posible por la que la Empresa puede simultáneamente colaborar para mantener un sistema que le conviene ideológica y económicamente, cuando al mismo tiempo quiera cambiarlo para obtener también beneficios económicos, no es un contrasentido. Es, simplemente, una más de las tantas contradicciones del sistema, sobre las que algunos trabajan para consolidarlo en sus rasgos principales mientras que otros lo hacen para cambiarlo, mejorándolo.

Por otro lado, las contradicciones no son privativas de la Empresa. También los técnicos debemos asumir las nuestras, puesto que si por un lado colaboramos en una tarea crítica destinada a avanzar hacia el cambio, por otro lado muchas veces, casi todas, por nuestra participación en el trabajo, por nuestro modo de vida y por nuestra aceptación de privilegios parecemos pertenecer al campo contrario. Es que no podemos escapar de la condición humana, que es así de contradictoria y difícil de entender.

Y una vez más podemos constatar que ni la belleza ni la fealdad, ni el bien ni el mal, existen como absolutos. Son relativos a la circunstancia. Y ésta, entre cambio y cambio, creemos, avanza más de lo que retrocede.

Así como tampoco existe el Hombre como concepto absoluto que incluye por igual a todos los humanos. Hay, sí, clases de hombres y mujeres, agrupados según su participación en el proceso, diferenciados por éste mismo, con sus propias visiones y percepciones del mundo, construidas sobre la trama de sus miserias y también algunas veces sobre un hermoso conjunto de sueños.

En la próxima y última entrega exponemos los últimos pasos de la metodología que proponemos, completando el análisis de la construcción y ofreciendo un modelo estructural de respuesta superior, referida en términos concretos a la realidad y a las posibilidades contemporáneas.

Jorge Togneri.